

La Giralda; la Alameda, en la que aún se conservaban en todo su esplendor sus inolvidables «tablaos»; Triana, cuyos incontables tesoros no serían degustados por una Simone, tal vez algo apresurada o agotada por el calor, se erigieron, como era inevitable, en los hitos de las andanzas de la joven pareja por las calles y barrios de la inigualable ciudad.<sup>10</sup>

Infortunadamente, otras capitales andaluzas llenas de misterio, gracia y armonía, como Granada o Córdoba, apenas si merecen una escueta referencia en este diario viajero por el Sur español. El termómetro hacía sentir sus naturales estragos y la convivencia entre los Pagniez y nuestra pareja se deterioraba a ojos vistas. De ello, claro es, se resentiría la retina de Jean Paul Sartre al valorar monumentos y lugares, como, por ejemplo, los de Ronda, «una aldea muerta y sin verdadera belleza». Cádiz constituiría una excepción muy parcial, aunque también su alusión carezca de interés. Precisamente en sus tierras Simone pondrá punto final a su andadura andaluza. En Tarifa las anotaciones de «Castor» recogen un episodio conmovedor e ilustrativo: «Pese al esplendor del panorama que nos descubría más allá del mar la costa africana los cuatro sentimos la desolación de Tarifa; comimos pescado que flotaba en un aceite atroz y un chico de unos doce años se dirigió a nosotros: “¡Qué suerte tienen! —nos dijo en un tono que nos partió el alma—. Viajan; ¡yo nunca me moveré de aquí!” Pensábamos que, en efecto, envejecería en ese rincón perdido de la tierra, sin que nunca le ocurriera nada. Cuatro años más tarde, sin duda, le ocurrieron cosas, pero ¿cuáles?»<sup>11</sup>

## La guerra de España

Según todas las trazas, no es muy aventurado suponer que este avisado chiquillo muriese a manos del cainismo que se apoderó de la reseca piel de toro en el verano trágico de 1936. Durante él, como es sabido, la baja Andalucía se convirtió en uno de los primeros y más sangrientos escenarios de la tragedia ibérica, en el que el antagonismo de clase alcanzó mayor virulencia.<sup>12</sup>

La guerra de España sería, en efecto, el golpe último que hundiría las ilusiones de la izquierda intelectual en la implantación de un nuevo orden basado en las semillas esparcidas por Lenin y sus seguidores. Eran, por el contrario, las «potencias fascistas» las que se aprestaban, con posibilidades de éxito aparente, a detener la historia. La llegada de Hitler al poder por vía democrática, la crisis francesa de comienzos de 1934, la guerra de Abisinia, la ocupación de Renania y... la guerra civil española. Ésta venía a poner de manifiesto a gran parte de la inteligencia francesa que la hora de la verdad había sonado. Las discusiones de rebotica, las teorizaciones docentes, las revoluciones en el papel, la consideración biempensante de la pobreza y el subdesarrollo por burgueses desclasados o frívolos, constituían ya, desde la muerte de aquel muchachillo andaluz, una coartada engañosa y un espectáculo insoportable. Aún era posible detener la marea fascista, pero con la acción operativa y la solidaridad entusiasta.<sup>13</sup>

<sup>10</sup> J. M. Cuenca Toribio, *Historia de Sevilla. Del Antiguo al Nuevo Régimen. Sevilla, 1986, 3.ª ed.*

<sup>11</sup> S. de Beauvoir, *La plenitud...*, p. 103.

<sup>12</sup> J. M. Cuenca Toribio, *Andalucía. Historia de un pueblo (... a.C.-1984). Madrid, 1985, 2.ª ed.*

<sup>13</sup> *Íd.*, *La guerra civil de 1936. Madrid, 1986.*

A pesar de sus cadenas de clase y educación, más fuertes las primeras en «Castor» que en Sartre, y no obstante su visión un mucho estetizante de la ruptura revolucionaria, ambos se comprometieron seriamente con la causa de la Segunda República. Más o menos conscientemente, los dos atisbaban que al otro lado de los Pirineos se jugaba a cara o cruz la suerte inmediata de Europa; a manera de primer acto del drama que había de envolver al mundo tres años después de que la contienda española comenzase.<sup>14</sup>

Aparte del valioso testimonio aportado sobre su postura personal y la de un sector cualificado de la intelectualidad parisina y gala del momento en torno a las vicisitudes del conflicto hispano, los juicios y opiniones de Beauvoir sobre éste poseen, como hemos dicho, un interés biográfico muy superior al interpretativo e historiográfico. Al igual que muchos de sus camaradas ideológicos, la autora de *La mujer rota* usufructuó una considerable ignorancia acerca del desarrollo profundo de los acontecimientos, lastrada, por contera, con un buen fardo de los tópicos y lugares comunes que circulaban en dichos ambientes, de forma semejante, por lo demás, a los imperantes en las esferas opuestas. «De vuelta en París en septiembre nos hundimos en el drama que durante dos años y medio dominó todas nuestras vidas: la guerra de España. Las tropas de Franco no habían triunfado tan rápidamente como esperaba la derecha; tampoco habían sido aplastadas tan pronto como lo suponíamos. La marcha de los rebeldes sobre Madrid había sido detenida, pero habían tomado Sevilla, Zaragoza, Oviedo. Casi todo el ejército —el 95 %—, casi todo el aparato del Estado se habían puesto del lado de Franco: para defenderse, la República sólo podía contar con el pueblo.»<sup>15</sup>

Como se ve, el párrafo transcrito contiene una ilustrativa representación de los errores y estereotipos más comunes y divulgados por la propaganda extranjera favorable a la República. Todo el relato, hasta cierto punto minucioso, de la evolución de la contienda debido a la pluma memoriógrafa de Simone adolecerá, de este modo, de inexactitudes factuales y deficiencias analíticas en buen número. No por ello, insistimos, su narración deja de tener sugestividad literaria y trascendencia autobiográfica. La culpable pasividad de las democracias frente al intervencionismo cínico y brutal de Berlín y Roma; la generosa y eficaz ayuda rusa a los republicanos; la inferioridad material y bélica de éstos; su monopolio del populismo; el relevante y positivo papel de los comunistas junto con las restantes tesis que todavía mantienen roborante salud en algunas corrientes historiográficas extremadamente ideologizadas, empiedran la escritura de Beauvoir sobre la guerra de España.

A partir de Munich, la angustia e inquietud por la Segunda República se adunan en su relato con la creciente preocupación por su propio país y por el porvenir de la democracia en general. La última trinchera de la libertad estaba en España y los gobernantes galos seguirían empecinados en su miopía al regatearle o simplemente negarle las armas y material requeridos por los últimos y desesperados esfuerzos por detener la ofensiva franquista. La caída de Cataluña, con el tenebrante éxodo de algunas de las víctimas más infelices e inocentes de la tragedia española, arrancará a la autora de *Las bellas imágenes* acentos impactantes de ternura y patetismo, penetrada tal vez de la premonición de lo que año y medio después llegaría a vivir su patria.

<sup>14</sup> *Íd.*, La segunda guerra mundial. Madrid, Espasa-Calpe, 1986.

<sup>15</sup> S. de Beauvoir, La plenitud..., p. 241.

Ante el mazazo de la pérdida de Cataluña, algún propósito revisionista acude a los puntos de la pluma de Beauvoir. Los anarquistas, estimados como dinamitadores del triunfo republicano, son enjuiciados ahora con más indulgencia, albergándose alguna duda acerca de si su programa —primero la revolución, luego la guerra— no contendría algo de acierto y virtualidad. Pero ya no quedaba otra opción que la de aceptar con conciencia autocrítica el resultado del fracaso de una generación y, en especial, de unos regímenes sin reflejos y con vocación de suicidas: «Después de algunos sobresaltos, cayó Madrid. Toda la izquierda francesa se sintió de luto y culpable. Blum confesaba que, en agosto de 1936, rápidas entregas de armas hubieran salvado a la República y que la no intervención había sido una política de incautos: ¿por qué la opinión había fracasado en imponerle otra? Empecé a comprender que mi inercia política no me confería un certificado de inocencia y cuando Fernand [el pintor] rezongaba: “Asquerosos franceses”, yo me sabía incluida en la expresión.»<sup>16</sup>

## La España de la postguerra

En febrero de 1945, cuando apenas hace días que el último territorio patrio ha sido liberado del dominio nazi, Simone de Beauvoir se desplaza a Portugal para pronunciar unas conferencias en Lisboa. El viaje lo hará sola, acompañada por el recuerdo obsesivo de todas las dantescas escenas contempladas en el último tramo de la ocupación alemana. Sólo así se entiende la pintura enfática con que describe la abundancia española en bienes de consumo, en particular, productos alimenticios. Tal vez sea su relato el único o casi el único debido a una pluma francesa en el que la holgura hispana se contrapone a la escasez gala.

Mas, obviamente, la mirada de Simone sigue teniendo un diafragma muy ancho y permeable para la observación social y artística: España continuaba conmoviendo sus fibras más íntimas. El Madrid de comienzos de 1945, su sola estadía hispana en este viaje, es recorrido de punta a cabo social y urbanísticamente. Pero esta vez, hechizada por la atracción de las ruinas, el Prado y los cafés de la Gran Vía pasan a un segundo término ante la contemplación morosa de la Ciudad Universitaria y de los barrios periféricos. La visita a éstos cumple también con otro objetivo. En Tetuán de las Victorias y Vallecas, Beauvoir hará algunas visitas para conservar encendida la llama de la oposición y ayudar a malvivir a algunos de sus miembros que, como todos los obreros de la capital, pasan por privaciones y estrecheces lindantes con la pura miseria. «Una amiga me había dado la dirección de españoles antifranquistas. Siguiendo su consejo fui a Tetuán, a Vallecas. Al norte de Madrid vi, agarrado a las colinas, un barrio tan vasto como un gran pueblo y sórdido como una zona de chabolas: casuchas de techos rojos, de paredes de adobe, llenas de niños desnudos, de cabras y de gallinas, sin alcantarillas, sin agua; algunas chiquillas iban y venían encorvadas bajo el peso de los baldes. La gente caminaba descalza o en zapatillas, apenas vestida; a veces un rebaño de ovejas atravesaba una de las callejuelas levantando una nube de polvo rojo. Vallecas era menos campesino, se respiraba un olor de fábrica, pero había la misma desnudez; las calles servían de vertederos, las mujeres lavaban andrajos en el umbral de sus chozas; ves-

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 310.

tidas totalmente de negro, la miseria endurecía sus rostros a tal punto que parecían casi malvadas. Me habían dicho mis informantes que un obrero ganaba de nueve a doce pesetas por día y un puñado de garbanzos; éstos costaban en el mercado negro diez pesetas el kilo. Los huevos, la carne eran inalcanzables para el pueblo de los suburbios. Era necesario ser rico para comprar los panecillos, los buñuelos que vendían las mujeres en canastos, en las esquinas de las calles de buena reputación. Los que yo había visto en los andenes de las estaciones eran ricos y sólo ellos aprovechaban esa abundancia que yo había envidiado.»<sup>17</sup>

Es comprensible que frente a tanto sufrimiento la imaginación de la escritora se exalte y añada de su propia cosecha algunos desaciertos y tropelías al abultado catálogo de las torpezas y violencias del franquismo inicial. La hiperestesia de nuestra autora y su sensibilidad hacia algunas clases de injusticia e incluso un episodio de signo opuesto al que le ocurriera con su indumentaria sevillana, explican sobradamente la unilateralidad de su enfoque, aunque no tanto tal vez como para condenar el encarnizado antisemitismo de la dictadura...

Una España llena de curas, políticos y soldados reclamaba indudablemente la liberación, casi con mayor fuerza que otros territorios de Europa en manos hasta entonces de la Alemania hitleriana. Presente el ejemplo de su patria, quien escribiera *La ceremonia del adiós* depositaría todas sus esperanzas en los norteamericanos como los cruzados de la libertad española. Su impaciencia los contemplaba ya a las puertas de España.

Entrarían en 1953, con los acuerdos conjuntos firmados por el secretario de Estado de Eisenhower y el ministro de Asuntos Exteriores de Franco.

Aunque las conclusiones de unos textos desprovistos de claves y problemas historiográficos, tan bellos y nítidos, sobre todo en su lengua original, como los de esta gran escritora, deben dejarse al lector, por mor del oficio nos encontramos impulsados a emborronar unos renglones.

La imagen de España dibujada en las memorias de Simone de Beauvoir es en buena parte deudora de la literatura romántica, en particular, de la acuñada por sus compatriotas. De este modo, la silueta de España se recorta con caracteres exóticos y singulares dentro de la civilización contemporánea. Sus gentes y costumbres no han firmado todavía la capitulación ante un mundo tecnificado y cosificado. Paisaje y temperamento se muestran esquivos a la transacción y al matiz. Por sus cualidades y temple es posible concebirla como abanderada de una gran empresa. En los años treinta, en ella se ventiloó el destino del mundo; y el heroísmo fue aliado inseparable de inconformistas y utópicos, tan numerosos en sus tierras. España fue espuela, estímulo y espejo para toda una generación de intelectuales idealistas, cuya biografía se halla marcada, como la de la propia autora, por los acontecimientos peninsulares.

A esta luz, la dictadura de Franco no sería más que un paréntesis en la trayectoria ardiente y hervorosa de un pueblo siempre dispuesto a la inmólación y al sacrificio.

**José Manuel Cuenca Toribio  
y Soledad Miranda García**

<sup>17</sup> *Íd.*, La fuerza de las cosas. Barcelona, 1987, pp. 34-5.